
Mariano Esteban de Vega (ed.), *25 años de historia. La revista Studia Historica en la historiografía española*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009. 214 pp. isbn: 9788478002726.

Mariano Esteban de Vega, "Introducción", p. 9; María José Hidalgo de la Vega, "La Historia Antigua en la historiografía española", p. 15; Domingo Plácido, "De la miscelánea a la monografía. Veinticinco años de Historia Antigua (SHHA)", p. 43; José Ángel García de Cortázar, "La historiografía de tema medieval hispano: una reflexión sobre el oficio y la producción del medievalista en los años 1982 a 2007", p. 63; Gregorio del Ser Quijano e Iñaki Martín Viso, "Perfiles de una trayectoria científica. Veinticinco años de *Studia Historica. Historia Medieval*", p. 87; Ofelia Rey Castelao, "El contexto internacional del modernismo español, 1983-2007", p. 99; José Luis de las Heras, "*Studia Historica. Historia Moderna*, 25 años de aportaciones modernistas", p. 125; Antonio Morales Moya, "La historia contemporánea en los últimos 25 años. Ensayo de ego-historia", p. 171; Hernán Rodríguez Velasco, "25 años de *Studia Historica. Historia Contemporánea*", p. 197.

Hace unos años, con motivo del décimo aniversario de la revista *Memoria y Civilización*, reflexionaba el autor de estas líneas sobre el papel del recuerdo en la historia disciplinar, lo cual reflejaba hasta qué punto vivimos inmersos en la era de la conmemoración de la que hablara Pierre Nora. Tal vez lo más significativo de este proceso, en lo que toca a la disciplina –como señala Mariano Esteban de Vega en la introducción–, es que se asume el carácter de grupo profesional y nacional, es decir, se incorpora una identidad que define y caracteriza. Si recurrimos a la idea de comunidad científica de Kuhn, bien pudiéramos afirmar que una revista es uno de los hitos que permiten identificar ese grupo de profesionales y que a través de ella muestran los elementos que lo caracterizan y definen. Ser historiador es, entre otras cosas, lo que se recoge en las páginas de las publicaciones aceptadas, asumidas y reconocidas en el marco de la profesión. Sin embargo, una revista, dado que el libro comentado hace referencia a una de ellas, no es espécimen mineral, ni siquiera un elemento biológico, pues su capacidad de cambio los trasciende con mucho amplitud. Una revista es un organismo vivo, y como todo cuanto cambia, se transforma y adapta, asumiendo o rechazando su identidad previa y haciendo que las páginas que amarillean en la biblioteca pasen a formar parte de la historia de la propia disciplina, como el eslabón sobre el que construir la genealogía propia.

En buena medida este libro es el reflejo de la disciplina a través de una(s) revista(s); además es la imagen de una historiografía particular, la española y, más en concreto aún, la llevada a cabo en una de sus universidades solariegas. Hablar de 25 años de historia, es decir, de lo transcurrido entre 1983 y 2008, implica atender al proceso de transformación de la disciplina después del dominio socio-económico que con mayor o menor fuerza se mantenía desde comienzos de siglo; supone mostrar la recuperación del relato, la política y la biografía, supone, no hay que olvidarlo, la normalización definitiva de la historiografía española después de la dictadura. Pero en las revisiones sobre la situación de cada área no falta cierta mirada entre nostálgica y reivindicativa hacia esa forma de hacer historia que dominó buena parte del siglo XX, como la de José Luis de las Heras, que indica que ésta “es la vía más idónea para eludir los riesgos de ‘deconstrucción’ o ‘desmigajamiento’ del saber histórico” (p. 128); o como la de Ofelia Rey, cuando señala lo difícil que es localizar hoy en *Annales*, referente de la historiografía española, “alguno de los sólidos elementos que habían caracterizado a la revista” (p. 99). En un artículo sugestivo, muestra esta autora los riesgos de las nuevas formas de historia, y especialmente de la nueva historia social: “para subsistir, el discurso histórico tiene que abordar la relación general entre las acciones individuales y las estructuras sociales y que las visiones que entienden la sociedad como un conjunto de individuos distintos, unidos solo por una relación más o menos casual, son tan inútiles como las teorías generales que atienden a las estructuras y sus relaciones y prescinden del comportamiento de los individuos” (p. 110). Desintegración, desmigajamiento, desorientación, relativismo, eclecticismo, serían los rasgos que identifica en la historia más reciente, escasamente recibidos en España más allá de la imitación formal, pero en cualquier caso activos entre nosotros. Es evidente el cambio, señala, y en el caso español, la superación de la marginalidad (también lo indica así José Luis de las Heras, significativamente los dos autores que analizan la Historia Moderna), entre otras cosas, por la aparición de revistas de historia. Sin embargo, los elementos positivos muestran una cara oculta y llamativas carencias, como la atomización de esfuerzos. Es este un aspecto importante y bien revelador de la debilidad historiográfica española, pues el avance de la profesionalización no estuvo acompañado de una(s) revista(s) capaz de mostrar los logros y aportes más significativos de los historiadores en su conjunto, lo cual contribuyó a lastrar una disciplina muy centrada en monografías de carácter crecientemente local.

Con ese horizonte, el análisis de lo que supone una revista concreta como *Studia Historica* lleva a tener en cuenta el conjunto de la disciplina y a ser cons-

cientes de que sus páginas suponen una radiografía del modo de practicar historia en unas concretas circunstancias nacionales y universitarias. Por todo ello, este libro no sólo es la reflexión en torno a una revista, sino sobre el conjunto de la historia y sus circunstancias, si parafraseamos a Ortega. De hecho, la estructura del libro refleja precisamente esta idea, pues junto a la reflexión en torno a cada una de las áreas en que se ha dividido la revista inicial –coincidente con la forma tradicional en que estructuramos el tiempo histórico– se recoge el análisis de sus contenidos. Dos artículos por área, dos artículos por cada uno de los cuatro espacios históricos principales, por cada una de las cuatro revistas que en la actualidad componen *Studia Historica*. Tal vez el más personal de los artículos que componen este libro es el de Antonio Morales Moya, uno de los primeros historiadores españoles a los que desde comienzos de los años ochenta le preocupó la disciplina como tal. Su texto recopila en parte esta preocupación, ofreciendo una mirada panorámica acerca de la historia en su conjunto y particularmente la española, con sus luces y sombras en el espacio más sacudido por turbulencias de todo tipo, la historia contemporánea y sus múltiples flecos identitarios, educativos y políticos.

De hecho, uno de los elementos más significativos que afloran en las revisiones generales es el del uso partidista de la historia, bien sea para fuerzas políticas concretas, bien para un difuso nacionalismo que mediante el recurso al pasado buscaría asentar el fundamento de sus argumentos identitarios. María José Hidalgo destaca la “nacionalización del pasado como patrimonio común e indivisible” (p. 18), bien sea para España en su conjunto, bien para los nacionalismos periféricos. Las investigaciones históricas habían de rendirse o convivir, lo que mostraba en muchas ocasiones las debilidades que implicaba forzar los argumentos. Construir una explicación fundamentada y sólida no siempre era compatible con las consignas, fuesen del tipo que fuesen. Por ejemplo, como señala la prof. Hidalgo, la normalización en torno a la cuestión de Tartessos sólo se logra en la última generación de investigadores, al plantearla “en términos históricos y racionales” (p. 31), pero algo similar podría decirse de otras temáticas, en las que la conexión con marcos más amplios, la comparación con realidades diversas o la incorporación de métodos y técnicas, supondrían un hito sobre el que normalizar la práctica profesional. Tal vez quepa señalar cierto razonable y fundamentado pesimismo a este respecto en el artículo del prof. García de Cortázar, fruto de una comparación tanto con otros momentos históricos como con realidades externas a la española, así como de una situación fragmentada, discontinua y escasamente dispuesta a la re-

flexión y la profundidad. De ello concluye, por ejemplo, que “[l]a práctica del oficio de historiador aparece así revestida de unos rasgos que la aproximan más a los del creador de obra artística y literaria que a los del científico de la naturaleza” (p. 71), lo cual lleva a que las comparaciones perjudiquen la producción hispana y planteen una pregunta clave que bien puede trasladarse a todos los ámbitos históricos: “¿por qué y para qué investigamos?” (p. 86). La propia atomización de la historia de acuerdo a criterios identitarios y en busca de ancestros es un signo de la historiografía española reciente, como señalan los profesores Rey Castelao y Morales Moya.

Por su parte, los estudios centrados en el contenido concreto de cada una de las partes de la revista (Domingo Plácido, Gregorio del Ser Quijano e Iñaki Martín Viso, José Luis de las Heras y Hernán Rodríguez Velasco), reflejan de forma concreta las diversas percepciones que ha adoptado el sector histórico al que se dedican en el marco de *Studia Historica*. Es significativa la ausencia de reflexiones teóricas, una “característica” habitual entre los historiadores no sólo españoles. Y ello teniendo en cuenta la paulatina aunque aún precaria atención historiográfica a través de la recogida de los hitos genealógicos con los cuales se había configurado la disciplina en su conjunto o los sectores que la componían. También es algo habitual en los análisis generales, como indica Ofelia Rey. De igual modo, resaltan varios de los autores la ausencia de equipos de trabajo, y el predominio abrumador del trabajo en solitario, así como el peso de lo local, en parte relacionado con la ya mencionada tendencia a la atomización del saber, sin olvidar el motor historiográfico que suponen las conmemoraciones. Pero no se trata de una visión jeremiaca de la disciplina, como indica, por ejemplo, José Luis de las Heras (pp. 168-9) o con la referencia a un futuro ilusionante de Hernán Rodríguez Velasco (pp. 212-14), porque frente a los males y carencias, se plantean propuestas y programas de actuación, un horizonte que pese a los pesares mantiene la esperanza de que se pueden llevar a cabo acciones que reactiven la disciplina y subrayen su utilidad: “mostrar a los ciudadanos aquellas tradiciones que pueden ayudar al buen vivir de la comunidad”, propone Antonio Morales Moya (p. 186).

En definitiva, lo que el libro nos propone no es el triunfalismo del éxito, más bien la constatación de las carencias que aún quedan y que es preciso superar, aunque ello implique desmontar muchos de los viejos esquemas sobre los cuales se sigue entendiendo la disciplina, empezando por el aislamiento y la falta de contacto con realidades historiográficas ajenas a la nuestra. De algún modo, más allá de la conmemoración, esta revisión nos advierte que sólo se es-

tán dando los primeros pasos en la normalización de la historia en España, lastrada aún por muchos defectos. Aunque nos dediquemos al pasado, es el futuro el que nos llama.

Mariano Esteban de Vega es catedrático de Historia Contemporánea y Vicerrector de la Universidad de Salamanca. Profesor invitado en la Universidad de Limoges, en la École Normale Supérieure y en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, así como en la City University of New York. Entre sus principales publicaciones destacan: *De la Beneficencia a la Previsión. La acción social en Salamanca, 1875-1898* (1991), *Salamanca, 1900-1936. La transformación limitada de una ciudad preindustrial* (1992), *La Historia Contemporánea en España* (1996), *Pobreza, Beneficencia y Política Social* (1997), *Los fines de siglo en España y Portugal* (1999), *Francia en España, España en Francia. La historia en la relación cultural hispano-francesa (siglos XIX-XX)* (2003), *¿Alma de España? Castilla en las interpretaciones del pasado español* (2005) y *Castilla en España. Historia y representaciones* (2009).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

Caine, Barbara, *Biography and History*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2010. vii+152 pp. ISBN: 9781403987259.

Acknowledgments, p. vii. Introduction, p. 1. 1. Historians and the question of biography, p. 7. 2. A history of biography, p. 27. 3. Collective biography, p. 47. 4. Auto-biography and life writing, p. 66. 5. Interpreting and constructing lives, p. 85. 6. Changing biographical practices, p. 103. Conclusion, p. 122. Glossary, p. 125. Notes, p. 128. Further reading, p. 145. Index, p. 149.

Uno de los muchos sambenitos que recorren la disciplina histórica es la de su apego a los individuos, a las trayectorias únicas y destacables, más o menos representativas de la colectividad nacional en la que se insertan y a la que sirven de ejemplo. Anatematizado por quienes desde comienzos del siglo XX lo consideraron uno de los ídolos de la vieja historia, el género biográfico ha estado muchos años proscrito en la academia. Y sin embargo, su presencia desde los primeros balbuceos de una forma reglada de conocimiento del pasado, la sitúan a la altura de la historia en cuanto tal, aunque una diferencia sustancial presidió su elaboración desde el principio: la búsqueda de la utilidad, la voluntad ejem-